

**LAS MIGRACIONES INTERIORES EN EL  
ÁREA MEDITERRÁNEA (1860-1960)**

Joaquín Recaño Valverde

**120**

Una versió preliminar d'aquest text ha estat publicada en català al III Volum, La Població, de la Geografia General dels Països Catalans, de l'Enciclopèdia Catalana (1996).

**Centre d'Estudis Demogràfics**

**1996**

## Resumen

El objetivo de este trabajo es realizar una descripción general de la evolución de las migraciones interiores que afectan a la región mediterránea entre 1860 y 1960, enumerando los principales elementos que intervienen en dichas migraciones: la urbanización y el éxodo rural, las características sociodemográficas de los migrantes y el modelo espacial dominante en dichos intercambios, descritos a partir de la naturaleza de la población.

La región mediterránea fue a lo largo del período analizado un espacio fundamentalmente inmigratorio, con un escaso intercambio demográfico con otras regiones del estado español. De mayor intensidad que la aportación exterior fue la movilidad producida por el éxodo rural hacia las ciudades. Entre el éxodo rural se podía detectar la existencia de un importante flujo entre los territorios de la región mediterránea dirigidos casi unidireccionalmente hacia Cataluña, y especialmente a la ciudad de Barcelona.

Los ciclos inmigratorios desde la perspectiva del éxodo rural y el proceso de urbanización. La sincronía de los procesos de movilidad y el papel hegemónico de la ciudad de Barcelona refuerzan la tesis de la existencia de lazos económicos y demográficos profundos entre los territorios de habla catalana. Los movimientos migratorios giraron en torno a dos polos principales: por una parte la ciudad de Barcelona, y por otra, una extensa zona rural que se extendía desde los Pirineos hasta Andalucía Oriental por toda la vertiente mediterránea. En la región de Barcelona, las áreas de procedencia de la inmigración reflejan el efecto cada vez más perceptible que la ciudad desarrolló sobre una extensa área regional que sobrepasaría a Cataluña y se extendería de forma continua, primero por la Comunidad Valenciana e Islas Baleares y más tarde por Aragón y el sudeste de la península. La distancia geográfica explicaría también las diferencias cronológicas que marcarían las diferentes oleadas inmigratorias.

Los datos del período 1941-60 apuntan a la necesidad de reconsiderar los ciclos migratorios desde una perspectiva nueva: los datos indican que las oleadas inmigratorias de los años sesenta arrancarían en el período inmediatamente posterior a la guerra civil. Cabe por lo tanto revisar la periodización hasta ahora establecida, rehabilitando un mayor protagonismo de la década de los cuarenta y cincuenta como una etapa de fuerte inmigración sobre la que se cimentaron las bases del modelo migratorio del período entre 1960 y 1975.

## ÍNDICE

1. Introducción	1
2. Algunas cuestiones de método y de fuentes	1
3. Las transformaciones demográficas y los cambios migratorios	3
4. Los ciclos migratorios	7
5. Urbanización y éxodo rural	11
6. Las características demográficas de los migrantes	16
7. La estructura espacial de las migraciones	18
7.1. Las migraciones de corta y media distancia	18
7.2. El destino de la emigración de la región mediterránea	20
7.3. Lugares de origen de la inmigración que llegaba a la región mediterránea	22
8. A modo de conclusión	27

## ***1. Introducción.***

El objetivo de este trabajo es realizar una descripción general de la evolución de las migraciones interiores que afectan a la región mediterránea entre 1860 y 1960, enumerando los principales elementos que intervienen en dichas migraciones: la urbanización y el éxodo rural, las características sociodemográficas de los migrantes y el modelo espacial dominante en dichos intercambios, descritos a partir de la naturaleza de la población.

El concepto de región mediterránea empleado en el presente trabajo hace referencia al conjunto de la población de la tres Comunidades Autónomas: Baleares, Cataluña y la Comunidad Valenciana, cuyos lazos históricos y culturales (expresados a través de la lengua común) le confieren una cierta unidad de análisis.

El presente estudio debe insertarse, por lo tanto, en una investigación a medio plazo sobre los modelos migratorios que afectaron a la región descrita, y de la que este trabajo señala algunas de las líneas en las que se profundizarán en próximos trabajos.

## ***2. Algunas cuestiones de método y de fuentes.***

En comparación con el resto de los fenómenos demográficos, el estudio de la migración plantea serios problemas conceptuales y de fuentes. Definir qué es una migración y quiénes son los migrantes es más problemático de lo que a primera vista parece. Los sujetos que intervienen en el movimiento migratorio pueden ser considerados desde diferentes ópticas espaciales relativas a los lugares de origen y destino; al abstraer cualquier referencia espacial, los protagonistas de las migraciones adquieren la denominación genérica de migrantes; si se consideran desde la óptica del lugar de origen, se convierten entonces en emigrantes; por el contrario, si se toma como referencia el lugar de destino, se estará hablando de inmigrantes (esta es la óptica más común).

La medida más extendida del fenómeno la constituyen los saldos migratorios, se trata de una contabilidad demográfica que permite estimar de forma indirecta que parte del crecimiento demográfico es explicable por la aportación migratoria; la bondad de dicha medida reside en el grado de cobertura de las fuentes que intervienen en su obtención. Los saldos migratorios presenta ciertos problemas en los períodos en los que la calidad de las fuentes que intervienen en la operación (censos y movimiento natural de la población) no es óptima. Su cálculo se realiza a partir de la diferencia entre el crecimiento real de la población, observado en un período, y la aportación del movimiento natural, diferencia entre nacimientos y defunciones, de la misma etapa cronológica. Los saldos migratorios no permiten diferenciar el doble componente que integra a los movimientos migratorios:

constituidos por las emigraciones e inmigraciones que afectan al mismo territorio (realmente se trata de emigrantes e inmigrantes). El saldo registra el balance migratorio, una aproximación al volumen real de los intercambios demográficos netos. Cuando el saldo migratorio es negativo se dice que se ha producido una emigración neta (o emigrantes netos), si por el contrario, el saldo es positivo se habla de inmigración neta (o inmigrantes netos). Otras medidas más sofisticadas han sido desarrolladas a partir de la década de los ochenta en los trabajos de A. Rogers y F. Willekens (1986), pero su empleo en el período de estudio abordado en el presente trabajo resulta, en la actualidad, algo dificultoso por las exigencias de información que su aplicación requiere.

Las fuentes de carácter general existentes sobre migraciones en el período que se describe son muy escasas y sólo permiten un conocimiento indirecto del fenómeno. La información de que disponen los censos de población españoles hasta la década de los setenta, se refiere, fundamentalmente, a la relación entre el lugar de residencia en el momento de confeccionar el censo y el lugar de nacimiento. Este tipo de información, aunque no es la más adecuada, permite un acercamiento válido a la dinámica de los movimientos migratorios. La estadística más adecuada para el estudio de la migración es la derivada de los flujos migratorios, y registra el movimiento entre dos lugares, el origen y destino de la migración, en un período de tiempo conocido, dicha información no aparecerá hasta la década de los sesenta en las estadísticas españolas: la denominada estadística de variaciones residenciales. La insuficiencia de las fuentes españolas hace necesario el recurso a los saldos migratorios, que aunque elemento descriptivo de carácter general, permite un seguimiento de la intensidad de la movilidad desde mediados del siglo XIX.

A pesar de la precariedad, ya subrayada, de las fuentes, en los archivos municipales españoles se conserva una documentación esencial para el estudio de la movilidad espacial desde el primer tercio del siglo XIX, se trata de los padrones de población. En dichas fuentes aparece consignada, de forma generalizada, el municipio de nacimiento de la población empadronada, frecuentemente el número de años de residencia de la población y excepcionalmente el municipio de origen de la última migración. El empleo de los padrones como fuente de información plantea, no obstante, algunos problemas. Las cuestiones padronales sobre lugar de nacimiento tienen importantes limitaciones en la medida de las migraciones: a) a efectos cronológicos, el uso de un largo período de observación reduce la intensidad del efectivo de migrantes, desplazando la dotación de los acontecimientos hacia las fechas más cercanas a la del empadronamiento; b) en la perspectiva *lifetime* (lugar de nacimiento-lugar de residencia) las migraciones múltiples se ignoran al igual que los retornos al municipio de nacimiento; y c) la dispersión de la información en los archivos municipales limita considerablemente el análisis de grandes contingentes de datos. Sin embargo, dichas fuentes presentan ciertas ventajas: la posibilidad de generar observaciones temporales de migración a lo largo de grandes períodos de tiempo con datos de alta fiabilidad y el carácter extremadamente simple de su explotación, que se sustenta sobre una metodología muy extendida.

Para la realización de este trabajo se han empleado diferentes fuentes: a) los censos de

población en el período 1860-1960, que presentan tabulaciones según la provincia de nacimiento y de residencia para los años 1920, 1930 y 1940; por otra parte, los censos de 1950 y 1960 con algunas informaciones referentes a los lugares de nacimiento de la población en el interior de las provincias; b) los datos correspondientes a una muestra de padrones de población de la Cataluña rural (33 localidades), a partir de algunos trabajos nuestros que contienen también información sobre algunas de las ciudades medias del interior de Cataluña (Aracil; Ferrer ; Recaño y Segura, 1997); c) una estimación indirecta de las migraciones efectuadas en el período 1941-60 a partir de los datos del padrón de 1986 por año de llegada; y d) una reelaboración de los saldos migratorios de los partidos judiciales calculados por A. García Barbancho para el período 1900-1960.

Se trata, por lo tanto, de un conjunto heterogéneo de información, que nos permitirá, sin embargo, dibujar el objetivo básico que nos habíamos planteado en nuestro estudio: el marco general de evolución de las migraciones en el área de estudio.

### ***3. Las transformaciones demográficas y los cambios migratorios***

El período de tiempo, de poco más de un siglo, que transcurre entre 1857 y 1960 se caracteriza por la práctica conclusión del proceso de modernización demográfica en el área objeto de estudio. Dicho proceso, que se denomina transición demográfica, consiste en el paso de un régimen de demografía antigua, caracterizado por un lento crecimiento de la población con una gran disipación de energía demográfica en el que las mujeres debían dar a luz una media docena de hijos para poder ser reemplazadas en la generación posterior, a un régimen donde una baja mortalidad hace innecesario el mantener una elevada fecundidad. En poco menos de un siglo se produjo la transformación de todos los parámetros demográficos hacia un régimen poblacional más efectivo, donde son necesarios menos hijos para garantizar la reproducción demográfica.

Cuadro 1: Indicadores de la transición demográfica en la región mediterránea

Período	Comunidad		Islas	España
	Cataluña	Valenciana	Baleares	
<b>Esperanza de vida al nacer</b>				
1863-70	29,6	29,0	41,7	29,8
1901-02	46,2	41,7	54,0	38,6
1930-31	60,1	55,6	61,7	51,3
1960-61	71,0	69,6	70,9	68,4
<b>Mortalidad infantil (por 1000)</b>				
1863-70	245,0	252,0	168,0	245,0
1901-02	152,3	173,5	108,3	189,0
1930-31	83,5	100,5	74,6	123,2
1960-61	32,7	38,5	33,1	44,9
<b>Número medio de hijas por mujer</b>				
1887	2,02	2,44	2,00	2,40
1901-02	1,73	2,30	1,82	2,34
1930-31	1,12	1,44	1,23	1,80
1960-61	1,13	1,29	1,15	1,38

Fuente: (Nicolau,1989). Elaboración propia.

Desde mediados del siglo XIX la fecundidad y la mortalidad descendieron en el conjunto del área mediterránea oriental desde niveles relativamente altos. En primer lugar, en Cataluña y las Islas Baleares, y más tarde en la Comunidad Valenciana. Los principales indicadores demográficos netos evolucionaron desde una esperanza de vida al nacer de las mujeres inferior a los 30 años, en el período comprendido entre 1863 y 1870, tanto en Cataluña como en la Comunidad Valenciana, y superior a los 40 años en las Baleares, hasta los 70 años de media a comienzos de la década de los sesenta; el número medio de hijas por mujer pasó, por su parte, desde un valor por encima de las 2 hijas en 1887, con una fecundidad ligeramente superior en la Comunidad Valenciana, a poco más de una hija en torno a 1960. Entre 1860 y 1960, la población de la región mediterránea completó substancialmente el proceso de transición demográfica (ver cuadro 1).

El anterior esquema, aunque válido a nivel general, se enriquece con las importantes diferencias territoriales existentes en el interior de la región mediterránea, constatables ya en la segunda mitad del siglo XIX, y que se concretan en tres modelos-tipo que expresarían el estado de evolución demográfica del último tercio del siglo XIX: 1) las ciudades y su entorno inmediato, caracterizados por una alta mortalidad y una baja fecundidad y nupcialidad; 2) las zonas litorales y prelitorales de Cataluña, la Comunidad Valenciana y las Islas Baleares, con grandes rasgos de modernidad demográfica, una más alta esperanza de vida, una fecundidad relativamente baja, que aumenta a medida que nos desplazamos hacia el sur, siendo excepcionalmente elevada en algunas zonas de las tierras de Alicante, y una

nupcialidad diversa; y 3) los espacios interiores y montañosos, los menos evolucionados en materia demográfica, con una alta mortalidad y fecundidad, correspondientes a las tierras del Pirineo, la Depresión Central Catalana y las zonas montañosas del interior de la Comunidad Valenciana. Este variado conjunto de sistemas demográficos homogeneizó sus comportamientos a medida que avanzó la transición demográfica, mientras que, de forma paralela, los desequilibrios territoriales en materia poblacional se acentuaron, a consecuencia de los efectos multiplicadores que introdujeron las intensas migraciones internas que precedieron a la inmigración de otras zonas de España.

Uno de los más importantes factores diferenciadores residía en los contrastes existentes entre la demografía urbana de las ciudades y la de las zonas rurales. A grandes trazos éstos fueron: una superior mortalidad y más baja fecundidad de las ciudades, ocasionada, en parte, por la baja nupcialidad; y del que se derivaba un tenue crecimiento natural, compensado por una fuerte inmigración procedentes de todas las zonas de la región mediterránea; por el contrario, las zonas rurales se caracterizaron por una más baja mortalidad, una fecundidad más elevada y, por lo tanto, un mayor crecimiento natural. Dichos excedentes nutrían la emigración interior hacia los principales núcleos urbanos, especialmente Barcelona.

Los cambios no se experimentaron tan sólo en la esfera demográfica y territorial, sino que afectaron de forma irreversible a la estructura socioeconómica. A mediados del siglo XIX, la población de la región mediterránea era mayoritariamente agrícola y rural. Un siglo más tarde se había producido un trasvase importante de efectivos laborales desde la agricultura a la industria y el sector de los servicios. La población era ya predominantemente urbana e industrial. Estas mutaciones están relacionadas con el proceso de industrialización. En la región mediterránea, pionera dentro de España, comportó importantes diferencias territoriales, tanto en el tipo de industria como en su cronología. La variedad de situaciones existentes a principios del siglo XX, tanto en materia económica como demográfica, están fuertemente correlacionadas con la intensidad y la distribución espacial futura de los flujos migratorios. Las migraciones aparecen como nexo de unión entre las necesidades de la incipiente industrialización y los desequilibrios territoriales de la población. La modernización económica coincidió con una relativa presión demográfica en las zonas rurales, incapaces de absorber el crecimiento natural que su mayor fecundidad producía. Las áreas rurales con una estructura económica atrasada, y densamente pobladas desde la primera mitad del siglo XIX, representaban una enorme reserva demográfica. Agotadas o fuertemente mermadas las corrientes migratorias exteriores, los migrantes de la región mediterránea vuelven sus ojos hacia las incipientes zonas internas de desarrollo económico. Esta situación, de presión demográfica y rápido desarrollo económico, determinó que el proceso de éxodo rural tuviera una inusitada virulencia.

El análisis de la evolución de la población por grandes períodos permite seguir la pista de los importantes cambios demográficos experimentados en la región mediterránea. En contraste con los fuertes ritmos de crecimiento de la región en el siglo XVIII, el conjunto del siglo XIX tiene una tasa de crecimiento muy por debajo de los niveles del siglo anterior. Entre 1797 y 1897, la población del conjunto de la región mediterránea dentro de España se dobló. Por cada 100 habitantes a finales del siglo XVIII existían 202 en 1897. Estos datos de conjunto ocultan importantes diferencias entre los territorios que la componen, mientras que Cataluña pasa de un índice 100 en 1797 a 226 en 1897, la Comunidad Valenciana tiene en este último año tan sólo un índice 186, y las Baleares 164. Estas diferencias territoriales también son extensibles a la cronología. La primera mitad del siglo XIX representa la etapa en la que los tres territorios analizados tuvieron los ritmos de crecimiento más elevados. En conjunto, la escasa entidad de las tasas de crecimiento registradas durante la segunda mitad del siglo XIX apuntaría a la existencia de una natalidad en retroceso y una mortalidad estancada, y a un débil componente migratorio, de signo impreciso con los datos que poseemos en la actualidad.

En el período 1861-1900, el ritmo de crecimiento se redujo de forma considerable, aunque las causas sean diferentes en cada uno de los territorios. El bajo crecimiento de la población de Cataluña, en un contexto de migración neta casi nula, se derivaría de un escaso crecimiento natural de la población, producido por una temprana caída de la fecundidad en un contexto de relativa alta mortalidad. Por el contrario, en el bajo nivel de crecimiento de la Comunidad Valenciana, con niveles similares de mortalidad a los de Cataluña, pero con una mayor fecundidad, parece apuntar ya a la existencia de una emigración neta. Las Islas Baleares seguirían un esquema demográfico más próximo a Cataluña, aunque con una nada desdeñable contribución de la emigración en su dinámica demográfica.

Del análisis del crecimiento de la población durante la segunda mitad del siglo XIX parece desprenderse que en la segunda mitad del siglo XIX, entre 1860 y 1900, no se habrían generalizado aún los intercambios migratorios entre los diferentes territorios, aunque los elevados ritmos de crecimiento de las ciudades de Barcelona y Valencia indicarían claramente el predominio de los movimientos migratorios de corta y media distancia con origen en el interior de sus diferentes territorios, ligados al éxodo rural, y especialmente intensos en Cataluña.

Entre 1901 y 1930, los ritmos de crecimiento volvieron a intensificarse de forma no conocida. El conjunto de la región mediterránea casi los dobló con relación al período precedente. Cataluña creció a un ritmo de 11,7 por mil anual, muestra de una clara aportación inmigratoria. Por el contrario, tanto la Comunidad Valenciana, con un ritmo del 5,7 por mil anual, como las Islas Baleares, con un 5,3 por mil, a pesar de la espectacular caída de la mortalidad, siguieron creciendo a un ritmo muy bajo, signo de una clara emigración neta, esta vez dirigida en una gran proporción hacia las zonas urbanas de Cataluña. La magnitud de las tasas de crecimiento en algunas zonas del Principado muestran claramente la existencia de un fortísimo componente inmigratorio, espacialmente concentrado en las zonas cercanas a Barcelona, y explicable en parte por la aportación de

otros territorios de la región mediterránea.

El último período considerado en nuestro análisis, el que transcurre entre 1931 y 1960, se vio fuertemente alterado por la crisis demográfica que produjo la guerra civil, no obstante fue la etapa de mayor crecimiento de la población de la región mediterránea. Se trata de una fase en la que la Comunidad Valenciana se incorpora a la dinámica inmigratoria, monopolizada anteriormente por Cataluña. Esta última creció a un ritmo ligeramente inferior al del período anterior, en torno al 11,4 por mil, mientras que las Islas Baleares lo hicieron por encima del ritmo del primer tercio del siglo XX.

#### **4. Los ciclos migratorios**

Los variados ritmos de crecimiento experimentados por la población de la región mediterránea ocultaban diferencias muy importantes en cuanto al protagonismo del componente migratorio en la dinámica demográfica. Entre 1860 y 1960, la región mediterránea ha experimentado diversas coyunturas con respecto a la emigración e inmigración, que se han manifestado territorialmente por fases de expansión y contracción de los espacios migratorios. A partir de los saldos migratorios pueden observarse tres grandes ciclos de migraciones: el primero ocupa la segunda mitad del siglo XIX y se extiende hasta los albores de la Primera Guerra Mundial, se trata de una fase dominada por la emigración exterior, por una parte, y el éxodo rural, fundamentalmente catalán, que se dirige hacia la ciudad de Barcelona y entorno; el segundo, que se prolonga hasta la guerra civil, se inicia con la Primera Guerra Mundial, y alcanza su máxima intensidad a finales de la década de los veinte; se caracteriza esta fase por la extensión del éxodo rural a la Comunidad Valenciana y la Franja de Ponent en Aragón, y la aparición de los primeros inmigrantes de otras tierras de España; y el tercero de los ciclos, que comenzaría durante la década de los cuarenta, es la fase inicial del proceso que culminará en el gran ciclo inmigratorio de los años sesenta, afectando por vez primera a todos los territorios de la región mediterránea (ver cuadro 2).

El conjunto de la región tuvo un saldo migratorio ligeramente positivo durante el último tercio del siglo XIX, y ligeramente negativo en el primer decenio del siglo XX. En el resto de los períodos el saldo fue positivo, aunque su volumen fluctuó entre un mínimo de casi 11.000 individuos entre 1888 y 1900, y un máximo de 548.000 entre 1951 y 1960. El conjunto ocultaba, una vez más, grandes diferencias en cuanto a la cronología e intensidad de las migraciones netas. Así como las Islas Baleares y la Comunidad Valenciana permanecieron como espacios emigratorios hasta la década de 1920, sólo Cataluña tuvo una inmigración neta continua entre 1878 y 1960. Las diferencias se acentúan si descendemos a los niveles territoriales de las provincias. Alicante y Castellón fueron provincias emigratorias entre 1860 y 1940, descontando el período 1878-1887 en la provincia de Alicante. Dentro de Cataluña, con la ligera excepción de algún decenio del presente siglo, las tres provincias catalanas de Gerona, Lérida y Tarragona tuvieron también una emigración neta constante.

Entre 1878 y 1887, se produjo una clara diferenciación entre las zonas emigratorias e inmigratorias dentro de la región mediterránea. Entre las primeras se encontraban, en orden decreciente en cuanto a los niveles de emigración neta: las provincias de Castellón, Lérida, Gerona, Tarragona y las Islas Baleares. Entre las provincias inmigratorias se encontraban Alicante, Valencia y Barcelona. La emigración de las provincias catalanas y una parte de la emigración de Castellón explicarían el crecimiento inmigratorio de Barcelona, al que habría que sumar una tenue aportación de otras zonas. El ligero crecimiento migratorio de la provincia de Valencia tiene un origen interno: probablemente una parte de la emigración castellanense se dirigió probablemente a la ciudad de Valencia.

En el último decenio del siglo XIX, entre 1888 y 1900, la fuerte crisis agraria, producida por el efecto de la extensión de la filoxera en la viña y de la caída de los precios agrarios provocó un fuerte éxodo rural, que se manifiesta en un aumento considerable de los saldos migratorios. Barcelona se convierte en la única provincia con saldo migratorio positivo, superando los 127.000 inmigrantes netos, de los que en torno a 51.000 tendrían su origen en las restantes provincias del Principado. En el mismo período de tiempo, Cataluña recibe una inmigración neta de 76.000 personas, absorbida en su totalidad por la provincia de Barcelona, procedentes del resto de la región mediterránea: las Islas Baleares contribuyeron, con una emigración neta de 23.000 personas, y la Comunidad Valenciana, con un número de emigrantes netos por encima de los 41.000 individuos.

Entre 1901 y 1910 se produce un saldo neto de 21.000 emigrantes para el conjunto de la región mediterránea, cuyo destino fue principalmente el extranjero. Se produce de esta forma un cierto impás en el proceso migratorio. Las zonas rurales aliviadas por la fuerte emigración que produjo la crisis agraria de finales del siglo XIX, ven descender coyunturalmente la presión demográfica. El mapa de las zonas emigratorias es idéntico al de la fase anterior, aunque disminuyen las intensidades, provocando una reducción a la mitad de la inmigración de la provincia de Barcelona en comparación con el período precedente.

Aún así, antes de la Primera Guerra Mundial, las migraciones entre los diferentes territorios de la región mediterránea se mantuvieron en términos relativamente moderados. Entre 1911 y 1920, la guerra mundial influyó de forma extraordinaria en la economía y demografía del Principado y por extensión de otros territorios, gracias al aumento espectacular de la demanda exterior, que provocó una considerable expansión de la industria con el consiguiente crecimiento de la demanda de mano de obra. Cataluña registra en dicho período una aportación inmigratoria sin precedentes, cercana a los 210.000 inmigrantes netos, de los que la provincia de Barcelona absorbió más del 95%. El resto de las provincias del Principado, con la excepción de Gerona con una reducida emigración neta, se vieron también beneficiadas de una ligera inmigración. Por el contrario, las tierras de la Comunidad Valenciana fueron mayoritariamente emigratorias, de los 37.000 emigrantes netos, un 73% procedía de la provincia de Castellón, la zona de mayor intensidad emigratoria dentro de la región mediterránea. A partir de los saldos migratorios se puede inferir indirectamente, que

más de 167.000 inmigrantes netos, casi el 80% de los 209.000 que llegaron a Cataluña procedían de otras regiones de España, especialmente de Aragón y el sudeste de la Península.

**Cuadro 2: Evolución de los saldos migratorios del conjunto del mediterránea (1861-1960)**

Períodos	Cataluña	Comunidad Valenciana	Islas Baleares	Conjunto
1878-1887	23508	-2676	-1013	19819
1888-1900	76394	-41878	-23629	10887
1901-1910	31868	-41282	-11826	-21240
1911-1920	209936	-37162	-6819	165955
1921-1930	326297	20951	1918	349166
1931-1940	69124	63485	20940	153549
1941-1950	258717	61997	4373	325087
1951-1960	469806	76214	2545	548565
1878-1900	99902	-44554	-24642	30706
1901-1930	568101	-57493	-16727	493881
1931-1960	797647	201696	27858	1027201

Fuentes: Censos y Movimiento Natural de la Población. Elaboración propia.

En la década de los veinte, la expansión industrial en Cataluña, las obras del Metro y la Exposición atrajeron un gran volumen de inmigrantes al área de Barcelona, entre los que se encontraban un buen número de aragoneses, murcianos y almerienses. Las provincias de Valencia y las Islas Baleares se incorporan en este período a los territorios que reciben inmigración neta. Cataluña siguió siendo, sin embargo, la zona donde se concentraba buena parte de la inmigración que recibía la región mediterránea. De los casi 350.000 inmigrantes netos que llegaron entre 1921 y 1930, 326.000, el 93% se concentró en Cataluña, donde a excepción de Barcelona, el resto de las provincias catalanas continuó inmersa en el proceso de éxodo rural iniciado ya en la segunda mitad del siglo XIX; 50.000 inmigrantes netos de los 376.000 de la provincia de Barcelona procedían del resto de Cataluña (si consideramos que las salidas al exterior de las otras tres provincias catalanas eran insignificantes). Sin

embargo, la mayor innovación que se produce en los movimientos migratorios es la generalización de la inmigración procedente del exterior de la región mediterránea, que afecta también a la provincia de Valencia. La inmigración neta interior dentro de la región mediterránea, la suma de las emigraciones netas de las provincias con saldo negativo, significó tan sólo un 21% del saldo migratorio positivo recibido durante dicho período.

La crisis económica mundial del año 1929, que llega a España con un cierto retraso, y la política social realizada por la naciente República, en el bienio de 1931 a 1933, constituyeron un freno a los movimientos migratorios. Entre 1931 y 1940 se reduce considerablemente la migración interna, significando poco más de la mitad del período anterior. El conjunto de la región mediterránea pasó de los 350.000 inmigrantes netos a los 153.000. El número de provincias con emigración neta se redujo a sólo cuatro: Lérida, Tarragona, Gerona y Alicante, y su intensidad descendió considerablemente. A mitad de la década llegaría la guerra civil, produciendo importantes desplazamientos temporales de grandes contingentes de refugiados, muchos de ellos volvieron a sus regiones de origen o emigraron al extranjero. Es posible, por lo tanto, que los datos decenales oculten diferencias importantes entre la primera y segunda mitad de la década.

La carestía de los primeros años de la posguerra provocó un retroceso considerable de la dinámica migratoria de las etapas anteriores. La década de los cuarenta es una etapa de regresión industrial, donde buena parte de la mano de obra se dedica a la producción de mercancías en el sector agrario. A su vez, la industria, que carecía de materias primas, había sufrido tras la contienda un importante deterioro en su estructura productiva. Entre 1941 y 1950, aunque las condiciones fueron muy propicias, no se produjo un éxodo masivo desde las zonas rurales porque no existieron polos de atracción. Sin embargo, una prueba de la reactivación de las migraciones, que se produce probablemente en la segunda mitad de la década de los cuarenta, es la recuperación del volumen de los saldos migratorios. El ímpuls migratorio se extendería, de esta forma, entre 1936 y 1945. Todos los territorios de la región mediterránea tiene inmigración neta en la década de los cuarenta, aunque con una mayor dispersión territorial. De los 325.000 inmigrantes netos que recibe la región, casi un 80% se concentraron en Cataluña, un 19% en la Comunidad Valenciana y un 1% en las Islas Baleares. De esta forma, en el período ligeramente posterior a la guerra civil, a partir de la segunda mitad de la década de los cuarenta, comienzan a dibujarse los ejes directores del gran ciclo inmigratorio de los años sesenta.

La década de los cincuenta se caracteriza por un aumento espectacular de la inmigración neta, que supera con creces los niveles de la década de los veinte. Entre 1951 y 1960, la región mediterránea recibe un total de 550.000 inmigrantes netos, de los que un 85% fueron absorbidos de nuevo por la provincia de Barcelona. Las zonas emigratorias se redujeron considerablemente al igual que los niveles emigratorios de las provincias con migración neta negativa. Las tres provincias pertenecientes a dicha categoría: Lérida, Tarragona y Castellón, suman tan sólo 20.000 emigrantes netos. La provincia de Barcelona recibió en dicha etapa unos 479.000 inmigrantes netos, una cifra que supera en más 100.000 a los inmigrantes recibidos entre 1921 y 1930. La provincia de Valencia consigue en el mismo período un volumen de 55.000 inmigrante netos, que no consigue superar los 64.000 del

mismo signo de la década de los treinta, aunque el volumen de los datos del censo de 1940 de la provincia de Valencia deban ser puestos en cuarentena. La década de los cincuenta se convierte de esta forma en la antesala de la gran inmigración de los años sesenta, superando de forma destacada la intensidad registrada en la década de los veinte en todas las provincias.

### **5. Urbanización y éxodo rural.**

Hablar de los movimientos migratorios en la región mediterránea significa analizar dos procesos interdependientes, incomprensibles el uno sin el otro: el éxodo rural interno que precede a las oleadas inmigratorias de los años veinte, y al que se ha prestado poca atención, y la urbanización, al que el primero contribuye de forma determinante.

Los saldos migratorios calculados por García Barbancho, para los 87 partidos judiciales que integran los territorios de la región mediterránea considerada, permiten un acercamiento a la distribución geográfica de las zonas emigratorias e inmigratorias espacialmente más próximas a la comarca. Al considerar una unidad territorial más pequeña que la provincia, faculta para un conocimiento más detallado de los movimientos intraprovinciales que los saldos migratorios provinciales ocultan, y de los que pueden deducirse datos significativos sobre el éxodo rural. Para ello se han considerado los partidos judiciales cuyo saldo migratorio era negativo (partidos emigratorios) y positivo (partidos inmigratorios). La distribución indica cual es el volumen del saldo que acumula cada categoría (ver cuadro 3).

Durante el primer tercio del siglo XX y hasta la guerra civil la emigración neta afectó a buena parte del territorio de la región mediterránea (ver cuadro 3). Entre dichas fechas, de un 61 a un 68% de los partidos judiciales tuvieron un saldo migratorio negativo, aunque variaba considerablemente la extensión de las zonas emigratorias entre uno y otro territorio. En la primera década del siglo XX, casi el 80% de los partidos judiciales valencianos eran emigratorios, frente a un 65% de los catalanes. Antes de la guerra civil, las áreas emigratorias comienza un proceso de regresión lento pero constante, acompañado, de forma paralela, por una reducción de la intensidad emigratoria. Tras la guerra civil y hasta los años sesenta, las zonas emigratorias se estacan en torno al 49-53% de los partidos judiciales. Estos indicadores plantean tanto la persistencia de áreas emigratorias a lo largo de todo el siglo como la existencia de una clara concentración territorial de la inmigración.

**Cuadro 3: Zonas migratorias y concentración urbana en el área mediterránea**

	1901-10	1911-20	1921-30	1931-40	1941-50	1951-60
Inmigración neta	103454	266466	491700	236855	386385	677439
Emigración neta	124694	100511	142534	83306	61298	128874
Saldo migratorio	-21240	165955	349166	153549	325087	548565
% partidos inmigratorios	32	39	37	45	51	47
% partidos emigratorios	68	61	63	55	49	53
Media emigratoria por partido	2113	1896	2592	1736	1426	2802
Media inmigratoria por partido	3214	6818	13368	5284	7640	14375
Ciudades	71440	162577	317876	174295	206417	240022
5 partidos más inmigratorios	77348	198331	407120	173477	272814	475825
Concentración en los 5 partidos (%)	75	74	83	73	71	70

Fuente: (García Barbancho, 1967). Elaboración propia.

En el contexto de cambio demográfico el éxodo rural catalán fue muy prematuro, y estuvo fuertemente ligado al primer desarrollo industrial. Con anterioridad a 1860, fecha del primer censo con datos fiables, debió ser intenso. Entre 1860 y 1900, las áreas rurales del Pirineo catalán perdieron un volumen importante de su población (un 14%). En dicho período el saldo migratorio neto de Cataluña fue poco significativo, por lo que la hipótesis más razonable es que las pérdidas por emigración de las zonas rurales fueran absorbidas por las ciudades catalanas, y en buena medida por Barcelona y los núcleos industriales de su entorno. En dicha etapa, las ciudades medias de la Cataluña interior también se beneficiaron, aunque en menor medida, del flujo inmigratorio, con el que se pudo afrontar las necesidades de mano de obra del proceso de industrialización. En Cataluña, el éxodo rural registrado entre 1860 y 1900 significó una liberación de las presiones demográficas del campo, especialmente intensas tras la crisis de la filoxera. Entre 1900 y 1930, las poblaciones rurales de Cataluña, que en su conjunto incluso crecieron ligeramente, se adaptaron mejor a las nuevas condiciones demográficas y económicas, mientras las poblaciones rurales de otras zonas como la Comunidad Valenciana, más atrasadas demográficamente, iniciaban una emigración que las condujo, en buena parte, a la ciudad de Barcelona. La disminución de los excedentes rurales está íntimamente ligada al bajísimo crecimiento natural de la población catalana, y explicaría el que ciudades, como Barcelona, necesitaran importar mano de obra de otras regiones para responder al impulso industrializador

La generalización del éxodo rural en Cataluña puede situarse a mediados de la década de los setenta de siglo XIX, siendo especialmente intenso en la zona sur de Cataluña, el Pirineo y comarcas centrales de Lérida. El proceso se ve frenado bruscamente en la década de los ochenta, por los iniciales efectos positivos que sobre los viñedos del área mediterránea introduce la desigual cronología de la invasión filoxérica con respecto a las regiones vinícolas

francesas. A partir de 1890, una vez la filoxera llega a Cataluña, el éxodo se acelera de manera vertiginosa, afectando a las zonas vinícolas del centro y sur del Principado. Más tarde, desde 1900, el área se va extendiendo a las provincias de Castellón, la zona limítrofe con Aragón (la Franja de Ponent) y los espacios rurales de las provincias de Huesca y Teruel, ligados demográficamente al área de influencia de la ciudad de Barcelona. El hecho de que la ciudad de Barcelona absorbiera los excedentes rurales del resto de territorios de la región mediterránea frenó de forma importante el proceso de urbanización de la Comunidad Valenciana. En torno a 1920, Barcelona comienza a captar el éxodo rural de las áreas del sudeste español, en las provincias de Murcia y Almería, que se convierten en verdaderas protagonistas de la inmigración de las áreas urbanas catalanas, cuando a principios de siglo tenían un papel meramente testimonial, como veremos más adelante.

La estructura del poblamiento se vio fuertemente afectada por los cambios ligados a la urbanización y el éxodo rural. Como se ha subrayado anteriormente, a mediados del siglo XIX, la región mediterránea eran eminentemente rural. Entre 1860 y 1900, la situación no se modificó substancialmente. En 1900, el 27% de la población de los territorios catalanes vivían en municipios de menos de 2.000 habitantes, proporción que subía hasta el 61% por ciento si se trataba de municipios de menos de 10.000 habitantes. Por el contrario, la población concentrada en las grandes ciudades de la época, las de más de 50.000 habitantes sólo representaba el 22% (ver cuadro 4).

**Cuadro 4: Evolución de la población del área mediterránea según tamaño de los municipios (1900-1960).**

Tamaño de los municipios	Años		
	1900	1930	1960
Menos de 2.000 habitantes	1042239	973190	872935
De 2.001 a 9.999 habitantes	1312811	1589411	1594469
De 10.000 a 49.999 habitantes	649525	1006848	1324060
De más de 50.000 habitantes	860629	1487093	3058971
<b>Total</b>	<b>3865204</b>	<b>5056542</b>	<b>6850435</b>
		(%)	
Menos de 2.000 habitantes	27,0	19,2	12,7
De 2.001 a 9.999 habitantes	34,0	31,4	23,3
De 10.000 a 49.999 habitantes	16,8	19,9	19,3
De más de 50.000 habitantes	22,3	29,4	44,7
<b>Total</b>	<b>100</b>	<b>100</b>	<b>100</b>

(1) Los datos corresponden a Cataluña, la Comunidad Valenciana y las Islas Baleares

Fuentes: Censos de población. Elaboración propia.

En conjunto, la población de la región mediterránea se distribuía en municipios rurales, pequeños pueblos de dimensión mediana y un conjunto considerable de ciudades rurales. 60 años más tarde, la situación se había modificado substancialmente. Las ciudades medias entre 10.000 y 50.000 habitantes habían mantenido el nivel de concentración de principios de siglo. La población residente en municipios rurales menores de 2.000 habitantes se había reducido hasta representar el 12,7%, en igual sintonía, las pequeñas ciudades habían disminuido su peso específico hasta el 23%. Este conjunto de unidades territoriales, municipios rurales y ciudades pequeñas, pasaron de concentrar el 61% de la población en 1900, al 35% en 1960. Por el contrario, las grandes ciudades, por encima de los 50.000 habitantes, doblaron su peso específico en la distribución del poblamiento, representado más del 44% de la población a comienzos de la década de los sesenta.

El reverso del éxodo rural fue el proceso de urbanización que incidió también en la homogeneización de los comportamientos demográficos. La constitución de la aglomeración urbana de Barcelona sirve de modelo de referencia de la urbanización, por su papel destacado en el conjunto de los territorios de la región mediterránea. Hasta la guerra civil, la ciudad de Barcelona actuó a efectos demográficos como la capital regional del área mediterránea, al extender su poder de atracción inmigratoria sobre la Comunidad Valenciana, las Islas Baleares y otras zonas de Aragón, especialmente la Franja de Ponent. Ya desde la segunda mitad del siglo XIX, el papel desempeñado por la ciudad de Barcelona fue el de elemento dinamizador de la demografía catalana y del proceso de transición hacia un nuevo modelo poblacional y territorial. Su protagonismo como motor del proceso de industrialización, y sus necesidades, crecientes, de mano de obra ordenaron los movimientos migratorios en la vertiente mediterránea. Como ya se ha subrayado, la transición demográfica catalana de la segunda mitad del siglo XIX fue un proceso espacialmente dicotómico en el que la ciudad de Barcelona ejerció como catalizador de los cambios demográficos. El crecimiento de la ciudad fue de carácter netamente migratorio, procedente en su mayor parte del ámbito regional más próximo y afectando de forma intensa al conjunto del campo catalán. Al tratarse de una migración fundamentalmente joven, y con un marcado carácter femenino, se acentuó el descenso de la natalidad y se frenó la mejora de la mortalidad. Los inmigrantes que llegaban a Barcelona se situaban en una ciudad con elevados niveles de mortalidad. Como resultado de la emigración y la baja fecundidad que comienza a extenderse en las zonas rurales de Cataluña y de la Comunidad Valenciana se intensificó el lento e irreversible proceso de envejecimiento de la población rural. La fecundidad de las inmigrantes en la ciudad de Barcelona fue muy baja, propiciada por la existencia de un fuerte celibato femenino, con lo que el trasvase de gente joven no equilibró la estructura regional sino que acentuó el proceso de caída de la fecundidad regional. El análisis de las tasas brutas de mortalidad y la estructura por edades permiten intuir que la esperanza de vida en el ámbito rural catalán fue más alta que en la ciudad de Barcelona.

Cuadro 5: Las migraciones de las ciudades y el fenómeno metropolitano en el mediterránea (1901-1960).

	1901-10	1911-20	1921-30	1931-40	1941-50	1951-60	Total
Ciudades (Capitales de provincia)	84612	187994	335270	207102	236761	263303	1315042
Resto del partido judicial	-10709	3615	29045	-23636	19887	99166	117368
Restos de las provincias	-105852	-22039	13896	-53553	88326	285262	206040
<b>Cataluña</b>							
Barcelona	60479	141010	251749	73415	145549	219435	891637
Resto del partido judicial de Barcelona	-9051	9116	28283	6685	13101	43599	91733
Resto de la provincia	-3367	62164	124332	22182	96357	260178	561846
Resto de Cataluña	-25244	6762	-49784	-26473	16811	-9807	-87735
<b>Islas Baleares</b>							
Palma de Mallorca	1516	6677	8414	22013	20764	12303	71687
Resto del partido judicial de Palma	-1407	-4586	-2718	-1512	-6189	340	-16072
Resto de las Islas Baleares	-13342	-13496	-6496	-1073	-16391	-9758	-60556
<b>Comunidad Valenciana</b>							
Valencia	9445	14890	57713	78867	40104	8284	209303
Resto del partido judicial de Valencia	1892	3968	7668	-23893	6730	45966	42331
Resto de la provincia	-16906	-21409	-11643	-14196	7452	47028	-9674
Resto de la Comunidad Valenciana	-33821	-30643	-25119	-1186	14441	20902	-55426

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de García Barbancho., 1967

La ciudad de Barcelona, que se convierte en el destino del éxodo rural no sólo catalán, sino valenciano y aragonés, frenó en primera instancia el crecimiento migratorio del resto de ciudades, como Valencia, retrasando temporalmente su expansión demográfica. Entre 1901 y 1960, las 8 capitales de provincia de la región analizada, recibieron 1.315.000 inmigrantes netos, de los que el 67% fueron absorbidos por la ciudad de Barcelona, en el primer tercio del siglo la proporción ascendió al 75% (ver cuadro 5). Entre 1931 y 1960, el resto de las ciudades comienzan una fase de expansión. Otro de los fenómenos que acompañaron a la urbanización fue el proceso de constitución de las áreas metropolitanas ligadas a la difusión en el territorio de los nuevos modelos de poblamiento. Hasta la década de los cuarenta, la aportación inmigratoria de las ciudades, especialmente de Barcelona, superaba de forma destacada el crecimiento migratorio del resto de la provincia. Así en la década de los treinta, la ciudad de Barcelona recibió 251.000 inmigrantes netos frente a los 124.000 del resto de la provincia. Por el contrario, entre 1951 y 1960 el proceso se invierte, frente a los 219.000 inmigrantes de la ciudad de Barcelona, el resto de la provincia recibe 260.000. En la Comunidad Valenciana, la década de los cincuenta inicia de forma tímida la dinámica de creación del área metropolitana de Valencia. El resto del partido judicial de Valencia y de la provincia crecieron mucho más que la ciudad.

En suma, la urbanización, a pesar de afectar a buena parte de la población de la región mediterránea fue un proceso diverso y diferente. Algunas ciudades concentraron cada vez más población, mientras importantes zonas rurales del país se despoblaban. El proceso de cambio económico que aceleró la concentración urbana fue determinante para la atracción de inmigrantes de otras regiones de España.

## ***6. Las características demográficas de los migrantes.***

Las migraciones internas incidieron de forma notable sobre las estructuras demográficas de la región mediterránea antes de 1960, impacto que se acentuó al producirse en un contexto de cambio demográfico en el que se acrecentaban las desigualdades territoriales. El proceso de redistribución espacial de la población produjo el desplazamiento de grandes contingentes demográficos desde las áreas rurales, y económicamente más deprimidas, a las zonas más dinámicas. Se trata de un movimiento que nace en las tierras interiores y montañosas y se dirige a las aglomeraciones urbanas, sus áreas de influencia y el litoral, convirtiéndose en el principal componente del crecimiento urbano. La información sobre la estructura demográfica de los migrantes protagonistas de estos movimientos es muy reducida con anterioridad a la década de los sesenta del presente siglo. Existen algunos datos, derivados de la dispersa información existente en los archivos municipales ya mencionados: algunas series de altas y bajas derivadas de los padrones de población en algunos municipios del área metropolitana de Barcelona; los padrones correspondientes a la Cataluña rural; algunos datos derivados de los censos de 1920, 1930 y 1940.

La fuerte selectividad, por sexo y edad, de los migrantes repercutió en la dinámica natural de las zonas rurales a través de la interrelación de diferentes procesos demográficos asociados al éxodo rural, y mediante la secuencia: emigración de jóvenes - caída de la nupcialidad - desnatalidad - envejecimiento, con sus consiguientes efectos multiplicadores, que favorecieron la desertización poblacional. Por el contrario, en las zonas receptoras se produjeron los efectos contrarios: inmigración de jóvenes - aumento de la nupcialidad - aumento de la natalidad - rejuvenecimiento.

Los escasos datos que se conocen sobre el perfil por sexo y edad de los emigrantes internos dentro de la región mediterránea, corresponden a algunos municipios del área industrial de Barcelona en la segunda mitad del siglo XIX, y muestran, en lo fundamental, ciertas regularidades características: una de ellas es la mayor frecuencia de la emigración entre los jóvenes adultos de 20 a 29 años; la segunda es el predominio de la migración femenina en los desplazamientos individuales. Esta última regularidad se aprecia de manera sensible en los censos de 1950 y 1960, primeros en publicar datos de migrantes en el seno de las provincias (se trata de la migración intraprovincial medida a través de la perspectiva lifetime). Sistemáticamente, se produce un predominio de las migrantes femeninas en todos los ámbitos de la movilidad de corta distancia, hecho que es perceptible en todas las provincias de la región mediterránea.

Otros datos indirectos vienen a confirmar el predominio de la emigración femenina. Antes de la guerra civil, en la Cataluña rural, que era el lugar de origen de buena parte de la emigración asociada al éxodo rural, la población sedentaria de los municipios rurales presentaba unos niveles de masculinidad elevados en todas las edades. La alta proporción de hombres que no emigraban no podía ser atribuible a las diferencias en los niveles de mortalidad por sexo, que apuntarían más bien en el sentido contrario. Dichas diferencias por edades, fuertemente acentuadas entre los 30 y 55 años señalaban una fuerte emigración diferencial femenina, más acentuada en la segunda mitad del siglo XIX, con los datos de que disponemos, proceso que se atenúa en períodos posteriores, y que es extensible como modelo al conjunto de las tierras de la región mediterránea.

Por el contrario, y sin contradecir lo anteriormente expuesto, entre los inmigrantes rurales existía un claro predominio de las mujeres, en una proporción que superaba el nivel que podría esperarse también de los efectos de la mortalidad diferencial por sexos. El nivel de masculinidad de colectivo de inmigrantes rurales estaba muy por debajo de los niveles existentes entre el conjunto de la población rural catalana de la época. Las mujeres emigraban más y esto se reflejaba de dos formas en la población rural: la tasa de masculinidad de la población sedentaria de las zonas rurales en Cataluña, la que no emigraba, era elevada, en el período 1860-1936 oscilando, entre los 98 y 103 hombres por cada cien mujeres, lo que indicaba una mayor emigración femenina de las nativas. Por el contrario, entre la población inmigrante, la tasa de masculinidad era más baja, oscilando entre 84 y 93 hombres por cada cien mujeres, mostrando una mayor proporción de inmigrantes femeninas en dicho colectivo.

Subrayado el carácter predominantemente femenino de la inmigración, la segunda característica demográfica de dicho colectivo fue su concentración en los grupos centrales de la pirámide y la estabilidad de este modelo. Los adultos, la población potencialmente activa entre 16 y 64 años, agrupaba el porcentaje más elevado de inmigrantes. Se trataba, por lo tanto, de un colectivo que se situaba fundamentalmente en los grupos de actividad. Entre 1920 y 1940, durante el primer ciclo inmigratorio se anuncia un mayor equilibrio de la inmigración entre sexos, prueba de una mayor presencia de inmigración de origen familiar, probablemente con origen en el resto de España. En la década de los cincuenta, las características demográficas de los inmigrantes llegados a la región mediterránea desde el resto de España repitieron los esquemas anteriores.

En lo referente a la edad, el patrón básico era el predominio, entre los migrantes, de los adultos jóvenes en edades laborales que llegaban acompañados de sus hijos. Las diferencias se acentuaban en la proporción de las mujeres en uno y otro tipo de migración. Mientras que en las migraciones interiores de corta distancia el predominio femenino era muy claro, y la migración era fundamentalmente individual, la migración de larga distancia estaba constituida por una presencia significativa de núcleos familiares entre los que los sexos se equilibraban.

## 7. La estructura espacial de las migraciones.

Hasta ahora hemos descrito los intercambios demográficos de la región mediterránea teniendo en cuenta su intensidad y estructura demográfica. En las próximas páginas se analizarán los componentes espaciales, distinguiendo entre las migraciones intraregionales, las efectuadas dentro de la región mediterránea, en las que dominan los movimientos de corta y media distancia, la emigración hacia otras regiones de España y el origen regional de los inmigrantes que llegaban a la región mediterránea.

### 7.1. Las migraciones de corta y media distancia.

Con anterioridad a la llegada masiva de la inmigración de otras regiones de España, los movimientos migratorios dominantes en la región mediterránea fueron de carácter intraregional, teniendo como origen y destino las provincias del área analizada, y estando ligadas al éxodo rural y la urbanización. Más tarde, aunque siguió siendo el tipo de movilidad predominante, estuvo fuertemente mediatizada por el peso sociológico de la inmigración de otras regiones. Hasta 1920 es posible reseguir la evolución de los movimientos migratorios en la Cataluña rural gracias a los datos que se desprende del vaciado de la información de los padrones municipales de población antes señalados. Los datos de referencia pueden ser, en cierta forma, extrapolados a otros territorios de la región mediterránea y servirnos para describir la evolución de los flujos migratorios hasta la década de los veinte.

Cuadro 6: Modelo espacial de la inmigración en las zonas rurales de Cataluña (1860-1936)

<b>Proporción sobre el total de población (en tantos por mil).</b>			
	1860-1877	1885-1900	1920-1936
<b>Carácter de la población</b>			
Nacidos en el municipio	774,3	718,7	600,1
Inmigrantes	225,7	281,3	399,9
Total	1000	1000	1000
<b>Origen de los inmigrantes</b>			
Misma comarca	443,8	382,6	327,5
Comarcas vecinas	294,4	249,3	252,3
Resto de Cataluña	210,5	281,4	228,8
Cataluña	948,7	913,3	808,6
Resto de España	42,9	80,2	171,5
Extranjero	8,4	6,5	20,0

Fuente: (Aracil, Ferrer, Recaño y Segura, 1996). Elaboración propia.

Coexistían en la región mediterránea durante el siglo XIX dos modelos de intercambios

demográficos dentro de su territorio (ver cuadro 6): a) unas migraciones de corta distancia que afectaban a los intercambios entre los núcleos de los entornos rurales, entre los que habría que incluir también a las ciudades pequeñas. Por ejemplo, en 1860 en las zonas rurales de Cataluña, la inmigración de origen catalán procedía entre un 70-80% de un área menor a los 100 km., más del 40% procedían de la misma comarca, casi un 30% de las comarcas vecinas y un 20% del resto de Cataluña, en donde tenía un importante peso específico la ciudad de Barcelona; b) las migraciones con origen en las ciudades de menor tamaño y las zonas rurales se dirigían fundamentalmente a las capitales regionales. La ciudad de Barcelona, dada su condición de metrópoli, ejercía de este modo un poder de atracción sobre un amplio espacio regional, y especialmente intenso sobre su espacio más próximo. Entre 1877 y 1897 los nacidos en otros municipios de la provincia de Barcelona que residían en la capital aumentaron en más de 100.000 personas.

En el primero de los modelos, con origen y destino en las zonas rurales (migración rural-rural) predominaba la movilidad de corta distancia. En la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo, la mayor parte de los intercambios en la Cataluña rural procedía de los municipios circundantes y estaría ligada a las redes familiares y las políticas matrimoniales. Las comarcas fronterizas eran el segundo espacio de intercambio. La proporción nada desdeñable de migrantes de otras comarcas no vecinas, en torno al 20%, demuestra que los movimientos migratorios internos ligados al éxodo rural ya estaban activos en dicho período. Por el contrario, la población no nacida en Cataluña representaba entre los inmigrantes rurales una proporción ínfima, en torno al 4.3%, del que buena parte eran inmigrantes valencianos. En el segundo modelo, definido por las migraciones desde las zonas rurales a las zonas urbanas (migración rural-urbana), tenían un fuerte peso las migraciones de media y larga distancia, y por lo tanto existía un mayor dispersión geográfica en los orígenes. Por ejemplo, la inmigración que llegaba a la ciudad de Barcelona en el último tercio del siglo XIX tenía su origen en todos los rincones del Principado y en menor medida de la región mediterránea. Entre finales del siglo XIX y la guerra civil, el poder de atracción de la metrópoli barcelonesa creció considerablemente, limitando la expansión demográfica de la ciudad de Valencia. En 1920, la población valenciana residente en el municipio de Barcelona era de 80.000 personas, que aumentaron hasta las 114.000 en 1930. En esta última fecha, en la ciudad de Valencia solo residían a 33.000 castelloneses y alicantinos.

A finales del siglo XIX, en torno a 1890, decrecieron en la Cataluña rural la proporción de los inmigrantes procedentes de municipios relativamente cercanos (la misma comarca y comarcas vecinas), y crecieron los procedentes del resto de Cataluña, pasando del 21% al 28% del total de inmigrantes. Como se ha subrayado, los últimos años del siglo XIX son una etapa de fuerte éxodo rural en la que la crisis agraria producida por la filoxera en la viña y el hundimiento de los precios de los cereales dejó profundas huellas en la estructura económica y demográfica del campo catalán.

En la década de los treinta del presente siglo se había producido una profunda transformación del modelo imperante en las migraciones intraregionales. La inmigración que llegaba a la Cataluña rural de origen catalán se había reducido, hasta pasar a representar el

80%. Con un aumento espectacular de la presencia de habitantes procedentes de la Franja de Ponent.

Entre 1860 y 1930 asistiríamos, por lo tanto, al paso de un modelo migratorio, en el que una buena parte de los inmigrantes procedían de municipios cercanos y las comarcas vecinas, a un modelo migratorio dominado por la influencia de la región industrial de Barcelona, en el que cada vez pesaban más los inmigrantes nacidos en otras regiones de España. Tras la guerra civil, se activa de nuevo la movilidad intraregional, que se convierte en el tipo de movilidad predominante en las Islas Baleares y la Comunidad Valenciana. Entre las salidas de estos dos territorios, ahora ya atenuadas considerablemente, Cataluña siguió siendo el principal destino de sus emigrantes.

## ***7.2. El destino de la emigración de la región mediterránea***

Los censos de población realizados en España permiten una descripción del volumen real de los emigrantes nacidos en los territorios de la región mediterránea que residían fuera de su región de nacimiento para el período 1920-1940, información que puede completarse con una estimación indirecta de la emigración que se produce tras la guerra civil.

Antes de 1920, la emigración hacia otras tierras de España fue muy reducida, esta tendencia se mantendrá a lo largo del período 1920-1960. El 83% de los emigrantes que salían de las provincias de la región estudiada se dirigían a otras provincias de la región mediterránea. Esta es la tónica general entre 1920 y 1960, y que apunta a un comportamiento similar en períodos anteriores, fue que dichos territorios mantuvieron un flujo muy modesto con otras regiones de España. La concentración mayoritaria de la emigración exterior en las capitales de provincia parece indicar una emigración formulada por funcionarios y empleados de sucursales de empresas, pero también existe una cierta emigración, de volumen también modesto, ligada a las inmigraciones anteriores, que podríamos definir de retorno, estando compuesta por los hijos de los emigrantes andaluces y aragoneses nacidos en Cataluña que volverían acompañando a sus padres a los territorios natales de estos.

El censo de 1920 registró unos 94.000 emigrantes nacidos en las tres comunidades analizadas que residían en el resto de España, proporción insignificante de la población nacida en la región mediterránea. Entre 1921 y 1940, la emigración creció en más de 50.000 personas, hasta llegar a los 144.940, este crecimiento se produjo, casi exclusivamente, en la década de los treinta, en una proporción del 85%, y está relacionado, con los cambios sociopolíticos que introdujo la guerra civil.

Cuadro 7: Lugares de destino de la emigración del área mediterránea (1920-196

Comunidades Autónomas de destino	Censos			Distribución (			
	1920(1)	1930	1940	1920	1930	1940	1941-60(2)
Andalucía	11534	9808	17398	15,9	12,7	14,8	13,5
Aragón	13782	14709	20926	18,9	19,0	17,8	14,7
Asturias	994	1003	1670	1,4	1,3	1,4	2,2
Canarias	718	811	959	1,0	1,0	0,8	2,8
Cantabria	929	1224	1704	1,3	1,6	1,4	0,6
Castilla-La Mancha	4922	5190	6943	6,8	6,7	5,9	4,5
Castilla-León	4071	3897	11782	5,6	5,0	10,0	5,6
Extremadura	1097	1204	1918	1,5	1,6	1,6	1,0
Galicia	2600	2113	7217	3,6	2,7	6,1	2,3
Madrid	18081	24483	27819	24,8	31,7	23,6	38,4
Murcia	7144	8261	8346	9,8	10,7	7,1	2,3
Navarra	2244	992	2861	3,1	1,3	2,4	5,5
País Vasco	3333	2983	6608	4,6	3,9	5,6	5,8
La Rioja	1314	588	1653	1,8	0,8	1,4	0,8
Total	72763	77266	117804	100,0	100,0	100,0	100,00

Los censos de 1920, 1930 y 1940 registran los nacidos en el área mediterránea que residían en el resto de España.

Estimación de los emigrantes a partir de 1941 con datos del Padrón de 1986.

Fuentes: Censos de población y Padrón de 1986. Elaboración propia.

Buena parte de la emigración hacia el resto de España procedía de la Comunidad Valenciana. En 1920, 55.000 emigrantes de los 94.000, casi el 59% había nacido en tierras valencianas. No debe olvidarse que, hasta la década de los treinta, la Comunidad Valenciana fue eminentemente emigratoria. El resto de los emigrantes se repartían entre un 37% de catalanes y un 4% de nacidos en las Islas Baleares. La situación continuó en la década de los treinta. Sin embargo, tras la guerra civil, el censo de 1940 refleja un cambio substancial, con un crecimiento importante de la emigración de catalanes, que pasa de los 39.000 en 1930 a los 71.000 en 1940, convirtiéndose en el grupo más numeroso, casi el 50%, frente al 47% de los valencianos, que crecen levemente en números absolutos.

Los lugares de destino de la emigración variaban en uno u otro territorio. En 1920, el principal destino de la emigración de la región mediterránea era Madrid, 1 de cada 4 emigrantes nacidos en tierras catalanas residía en Madrid; Andalucía y Aragón representaban los destinos secundarios. Entre estas tres regiones concentraban el 57% del total de emigrantes. El censo de 1930, muestra un aumento de la concentración de emigrantes en Madrid, y una disminución significativa de la emigración residente en Andalucía. El resto de los destinos se mantuvo en unos niveles similares al período anterior. El censo de 1940 plantea una cierta continuidad en la distribución espacial de las direcciones de la emigración de la región mediterránea, aunque se produce una reducción significativa de

los residentes en Madrid, probablemente producida por el éxodo y el exilio que produjo la guerra civil, no hay que olvidar la ciudad de Madrid se convirtió en una ciudad sitiada desde el comienzo de la guerra.

Entre 1941 y 1960, Madrid se convierte, de nuevo, en el destino principal de la emigración. 40 de cada 100 emigrantes salidos de la región mediterránea, en dicho período, se dirigen hacia la provincia de Madrid; Aragón y Andalucía, continuaron siendo los destinos secundarios, ya presentes antes de la guerra civil, y probablemente ligados a las migraciones de retorno de familias llegadas en etapas precedentes. No debe olvidarse la importantísima aportación aragonesa y andaluza a la inmigración catalana anterior a la guerra civil.

Entre el conjunto de emigrantes catalanes existían importantes diferencias espaciales, con patrones espaciales para cada territorio. En general, con la excepción de la emigración a Madrid, dominante en las 3 comunidades, los destinos secundarios se encontraban entre las regiones limítrofes.

En 1920, la mayor proporción de emigrantes catalanes se hallaba en Madrid, que representaba el 25%, siguiéndole muy de cerca Aragón, con un 20.5% del total. La emigración catalana se concentraba en la región central, y la región limítrofe de Aragón, con una cierta importancia relativa de Andalucía. Entre 1920 y 1930, los catalanes residentes fuera de Cataluña crecieron en poco más de 4.000 personas. Madrid siguió siendo el principal destino. En el censo de 1940 la proporción de catalanes que residían en otras regiones creció considerablemente, en más de 31.000 efectivos. Desconocemos si parte de este crecimiento se debe a los desplazamientos motivados por la guerra civil. Es probable que buena parte de estos se efectuaron en la primera mitad del decenio, pero no hay que desdeñar el efecto que pudieron introducir los refugiados en otras regiones, y las migraciones de retorno de los hijos de emigrantes aragoneses, que pasa a representar casi el 20% de la emigración de catalanes residentes fuera del Principado. El período de 1941 a 1960 se caracteriza, sin embargo, por un retorno a la estructura de los flujos anteriores a la guerra civil, con un dominio más claro de los destinos a Madrid, que concentra un tercio de los emigrantes. Entre Madrid, Aragón y Andalucía se concentraba el 60% de la emigración del período. En la emigración valenciana dominaban los flujos dirigidos a Madrid y Castilla-La Mancha, y entre la balearica los que se dirigían a Madrid y Andalucía, con una acentuación temporal del peso específico de Madrid.

### ***7.3. Lugares de origen de la inmigración que llegaba a la región mediterránea.***

Hasta el año 1920 se poseen informaciones parciales de los lugares de nacimiento de los inmigrantes, a partir de una muestra significativa de los datos correspondientes a la Cataluña rural ( Aracil, Ferrer, Recaño y Segura, 1996). Desde la década de los veinte, la

descripción del lugar de nacimiento, que aparece en los censos de 1920, 1930 y 1940, permite una comparación entre los diferentes territorios de la región mediterránea.

Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la guerra civil, las migraciones internas estuvieron dominadas, fundamentalmente, por dos regiones, la zona de Aragón, y la vertiente mediterránea (Comunidad Valenciana, Murcia y provincias de Andalucía Oriental) que emigraba a Barcelona, y la zona norte con emigración hacia Madrid, el País Vasco y el Extranjero.

De 1901 a 1930, los mayores contingentes de inmigrantes salieron fundamentalmente de la mitad septentrional de España: Galicia, Castilla-León y Castilla-La Mancha, y de algunas provincias del sudeste, en Andalucía Oriental y Murcia. A partir de 1940, se produce una fuerte sincronía en la emigración de las diferentes regiones españolas. Las nuevas aportaciones de emigrantes se sitúan, en esta etapa, en las regiones del sur: Castilla-La Mancha, Extremadura y Andalucía, a la que habría que sumar también Castilla-León.

Cuadro 8: Lugares de origen de la inmigración en el área mediterránea (1960).

Comunidades Autónomas de origen	Censos			Distribución (			
	1920	1930	1940	1920	1930	1940	1941-60(1)
Andalucía	37983	81637	124011	14,2	17,8	20,7	41,7
Aragón	83147	134784	132285	31,2	29,4	22,1	10,1
Asturias	2634	4003	8860	1,0	0,9	1,5	0,6
Canarias	890	1297	2960	0,3	0,3	0,5	0,3
Cantabria	2591	4427	7091	1,0	1,0	1,2	0,6
Castilla-La Mancha	27850	43632	63115	10,4	9,5	10,5	17,3
Castilla-León	23188	35953	53166	8,7	7,9	8,9	6,9
Extremadura	4149	5909	10693	1,6	1,3	1,8	5,1
Galicia	7395	11720	24219	2,8	2,6	4,0	3,7
Madrid	15346	21140	33208	5,8	4,6	5,5	3,1
Murcia	46477	93970	107061	17,4	20,5	17,9	8,5
Navarra	6260	8601	10922	2,3	1,9	1,8	0,7
País Vasco	5387	8485	14112	2,0	1,9	2,4	0,9
La Rioja	3511	2191	6912	1,3	0,5	1,2	0,6
Total	266808	457749	598615	100	100	100	100

(1) Estimación de los inmigrantes llegados entre 1941 y 1960 a partir del Padrón de 1986.

Fuentes: Censos de población y Padrón de 1986. Elaboración propia.

Desde 1931 hasta 1960, tres fueron las regiones que absorbieron la mayor parte de la emigración neta: Cataluña, Madrid y el País Vasco. Algunos focos secundarios del primer

tercio de siglo XX como Andalucía Occidental y Canarias fueron sustituidos a partir de la década de los cuarenta por la Comunidad Valenciana y las Islas Baleares.

Los inmigrantes aumentaron su peso específico dentro de la población de la región mediterránea a lo largo del primer tercio delo siglo XX. En 1920 representaban el 6.1%, y en 1930 el 9.2%, esto significa que la aportación de inmigrantes creció a un ritmo superior al de la población autóctona. Cataluña concentraba las tres cuartas partes de los inmigrantes en 1920, la Comunidad Valenciana un 22% y las Islas Baleares un escaso 2%. En los años treinta, Cataluña acentuó su peso específico dentro de la región mediterránea, atrayendo al 80% de los inmigrantes.

Cuadro 9 :Origen regional de la inmigración rural. Cataluña (1860-1936)

Proporción sobre mil

Comunidad Autónoma	Períodos			Índice 100=1860-77		
	1860-77	1885-1900	1920-36	1860-77	1885-1900	1920-36
Cataluña	948,7	913,3	808,6	100	96,3	85,2
Andalucía	8,5	6,5	36,5	100	76,5	429,4
Aragón	9,0	28,3	36,6	100	314,4	406,7
Asturias	0,1	0,7	0,6	100	700,0	600,0
Islas Baleares	1,6	5,1	3,4	100	318,8	212,5
Canarias	0,1	0,3	0,8	100	300,0	800,0
Cantabria	0,0	0,3	1,4	-	100,0	466,7
Castilla-La Mancha	1,7	4,9	14,3	100	288,2	841,2
Castilla-León	1,6	5,0	16,2	100	312,5	1012,5
Com. Valenciana	12,5	14,9	28,3	100	119,2	226,4
Extremadura	0,0	1,0	2,8	100	100,0	280,0
Galicia	1,2	2,1	2,5	100	175,0	208,3
Madrid	3,1	3,4	4,6	100	109,7	148,4
Murcia	1,6	0,9	16,1	100	56,3	1006,3
Navarra	0,5	2,9	2,6	100	580,0	520,0
País Vasco	0,8	2,1	2,1	100	262,5	262,5
La Rioja	0,0	1,7	1,6	-	100,0	94,1
Ceuta y Melilla	0,5	0,0	0,9	100	0,0	180,0
Resto de España	42,9	80,2	171,5	100	186,9	399,8
Extranjero	8,4	6,5	20,0	100	77,4	238,1

Fuente : (Aracil, R.; Ferrer, L.; Recaño, J. y Segura, A., 1996). Elaboración propia.

En la Cataluña rural cada uno de los ciclos migratorios tuvo una particular aportación regional (ver cuadro 9). En el primero de los períodos, que corresponde a la etapa en que predominaban las migraciones intraregionales de corta distancia, antes del último tercio del siglo XIX, una proporción cercana al 30% de los inmigrantes no nacidos en Cataluña habían nacido en la Comunidad Valenciana; en proporciones muy similares, ligeramente por encima del 20%, se situaban Aragón y Andalucía. Entre 1885 y 1900, etapa del primer gran éxodo rural catalán, se produce un cambio significativo en el origen de la inmigración al aumentar espectacularmente el peso relativo de los inmigrantes nacidos en Aragón; procedentes de las provincias de Huesca y Teruel, que parecen responder a una prolongación espacial de los problemas del campo catalán. En dicho período, los inmigrantes aragoneses representaron el 35% de los inmigrantes nacidos fuera de Cataluña. En el período de máxima intensidad inmigratoria, antes de la guerra civil, comienza a consolidarse el modelo que regirá a partir de los años cuarenta. La inmigración aragonesa siguió representado el colectivo más importante de inmigrantes llegados a Cataluña. Sin embargo, en los años 20 destaca sobre todo la aportación masiva del sudeste de España, especialmente de las provincias de Murcia y Almería. La década de los veinte situó a la inmigración andaluza en el segundo lugar entre las regiones que más inmigrantes aportaron antes de la guerra civil a Cataluña.

Pueden detectarse, por lo tanto, tres ciclos regionales de inmigración. Hasta el último tercio del siglo XIX predominio de la aportación valenciana a Cataluña. Entre 1860 y 1900, la inmigración que creció más en la Cataluña rural fue la aragonesa. El menor crecimiento de la inmigración de origen valenciano en dicho período confirma que se trata de una inmigración más antigua y localizada espacialmente en el área urbana de Barcelona. Los territorios anteriormente pertenecientes a la Corona de Aragón concentraron, en el último tercio del siglo XIX, el 62% de la variación de los stocks de inmigrantes. Entre 1900 y 1936, la región andaluza se convierte en la región que más aporta al crecimiento de los inmigrantes de las zonas rurales, representando el 25% de la variación del volumen de inmigrantes entre dichas fechas.

El censo de 1920 permite por vez primera realizar un análisis comparativo entre los diferentes territorios de la región mediterránea (ver cuadro 10). El origen regional de los inmigrantes fue diferente en cada uno de ellos. En Cataluña, como ya se ha subrayado, tuvo mayor presencia la inmigración aragonesa (32 de cada 100 inmigrantes de fuera de la región mediterránea), murciana (20%) y andaluza (19%). La suma concentraba el 71% del volumen global. En la Comunidad Valenciana, Castilla-La Mancha representaba el mayor contingente de inmigrantes (25%), seguidos de aragoneses (20%), murcianos (18%) y andaluces (13%). En las Islas Baleares existía una mayor dispersión en los orígenes, la inmigración andaluza era dominante con un 25%, y el conjunto de murcianos y castellano-leoneses superaba ligeramente el contingente de andaluces.

El censo de 1930 indica un cambio en el origen regional de la inmigración en la Comunidad Valenciana. Entre 1920 y 1930 la aportación más importante fue la murciana (medida en variaciones de stocks), lo que demuestra el carácter más histórico de la inmigración de Castilla-La Mancha.

Cuadro 10: Origen territorial de la inmigración en el área mediterránea (1930).

	Censo de 1920			Censo de 1930		
	Cataluña	Com. Valenciana	Islas Baleares	Cataluña	Com. Valenciana	Islas Baleares
Andalucía	28739	7848	1396	70000	10054	1583
Aragón	70190	12493	464	118346	15898	540
Asturias	2043	498	93	3311	588	104
Canarias	560	243	87	971	207	119
Cantabria	2050	448	93	3774	535	118
Castilla-La Mancha	11945	15436	469	21011	22167	454
Castilla-León	18839	3720	629	31069	4137	747
Extremadura	3110	746	293	4634	1020	255
Galicia	6108	966	321	9959	1396	365
Madrid	10604	4300	442	15106	5547	487
Murcia	34331	11221	925	73826	19048	1096
Navarra	5095	997	168	7521	899	181
País Vasco	4311	923	153	6767	1506	212
La Rioja	3061	397	53	1892	266	33
Total	200986	60236	5586	368187	83268	6294

  

Distribución (%)						
Andalucía	14,3	13,0	25,0	19,0	12,1	25,2
Aragón	34,9	20,7	8,3	32,1	19,1	8,6
Asturias	1,0	0,8	1,7	0,9	0,7	1,7
Canarias	0,3	0,4	1,6	0,3	0,2	1,9
Cantabria	1,0	0,7	1,7	1,0	0,6	1,9
Castilla-La Mancha	5,9	25,6	8,4	5,7	26,6	7,2
Castilla-León	9,4	6,2	11,3	8,4	5,0	11,9
Extremadura	1,5	1,2	5,2	1,3	1,2	4,1
Galicia	3,0	1,6	5,7	2,7	1,7	5,8
Madrid	5,3	7,1	7,9	4,1	6,7	7,7
Murcia	17,1	18,6	16,6	20,1	22,9	17,4
Navarra	2,5	1,7	3,0	2,0	1,1	2,9
País Vasco	2,1	1,5	2,7	1,8	1,8	3,4
La Rioja	1,5	0,7	0,9	0,5	0,3	0,5
Total	100	100	100	100	100	100

Fuentes: Censos de población. Elaboración propia.

En Cataluña, la localización de la inmigración fue fundamentalmente urbana, la ciudad de Barcelona absorbió, antes de la guerra civil, entre el 85 y 90% de los inmigrantes de otras regiones de España, y el 64% del total de la región mediterránea. Entre 1921 y 1930 la ciudad de Barcelona concentró el 85% de los flujos inmigratorios (medidos una vez más en variaciones de stocks) llegados a la región mediterránea de otras regiones. La inmigración murciana y valenciana residía casi en un 95% en la ciudad de Barcelona, y es altamente probable que el restante 5% lo hiciera en los municipios de su área metropolitana. Los

aragoneses con el 91% y andaluces en una menor proporción, el 87%, se dirigieron también a la capital barcelonesa. En la medida en que estos colectivos tuvieron una menor distribución, a pesar de su masiva presencia en la capital regional, significó una mayor incidencia en las áreas rurales entre 1920 y 1936. En la Comunidad Valenciana, los inmigrantes se dirigían mayoritariamente a la ciudad de Valencia, aunque su papel se redujo entre 1920 y 1930, indicando un cierto desarrollo urbano de otras ciudades valencianas. En la primera de las fechas el 62% de los inmigrantes de otras tierras residían en la ciudad, dato que se redujo al 57% en 1930.

Tras la guerra civil, entre 1941 y 1960 llegaron a la región mediterránea más de un millón de inmigrantes de otras regiones del Estado. La mayor parte se instaló en Cataluña, poco más del 70%, un 22% en la Comunidad Valenciana, y un volumen de tan sólo el 8% en las Islas Baleares. La década de los cuarenta registra ya un volumen próximo a los 400.000 inmigrantes que se doblará en la década siguiente.

Entre las regiones de origen de los inmigrantes que llegaron a la región mediterránea a partir de 1940 se produjeron ciertos cambios en la distribución espacial, que se manifestaron también entre las diferentes regiones analizadas. La inmigración más significativa fue la andaluza por el peso específico que tuvo en Cataluña; la provincia de Almería recuperó el protagonismo de la etapa anterior a la guerra, a ésta se sumaron con especial intensidad las provincias de Jaén y Granada. En Cataluña, a su vez, se fueron agotando los flujos de aragoneses y murcianos, dominantes en etapas anteriores. En la Comunidad Valenciana, por otra parte, la inmigración tenía un origen mayoritario de la región limítrofe de Castilla-La Mancha, con una presencia significativa de inmigrantes de Andalucía. La inmigración recibida en las Islas Baleares tenía una mayor dispersión geográfica, aunque repetía un patrón inmigratorio similar al de Cataluña por la posición dominante de la inmigración andaluza.

## **8. *A modo de conclusión.***

La región mediterránea fue a lo largo del período analizado un espacio fundamentalmente inmigratorio, con un escaso intercambio demográfico con otras regiones del estado español. De mayor intensidad que la aportación exterior fue la movilidad producida por el éxodo rural hacia las ciudades. Entre el éxodo rural se podía detectar la existencia de un importante flujo entre los territorios de la región mediterránea dirigidos casi unidireccionalmente hacia Cataluña, y especialmente a la ciudad de Barcelona.

Los ciclos inmigratorios del período 1860-1960 pueden ser explicados de esta forma desde la perspectiva del éxodo rural y el proceso de urbanización. La sincronía de los procesos de movilidad y el papel hegemónico de la ciudad de Barcelona refuerzan la tesis de la existencia de lazos económicos y demográficos profundos entre los territorios de habla catalana. Los movimientos migratorios giraron en torno a dos polos principales: por una

parte la ciudad de Barcelona, y por otra, una extensa zona rural que se extendía desde los Pirineos hasta Andalucía Oriental por toda la vertiente mediterránea. En la región de Barcelona, las áreas de procedencia de la inmigración reflejan el efecto cada vez más perceptible que la ciudad desarrolló sobre una extensa área regional que sobrepasaría a Cataluña y se extendería de forma continua, primero por la Comunidad Valenciana e Islas Baleares y más tarde por Aragón y el sudeste de la península. La distancia geográfica explicaría también las diferencias cronológicas que marcarían las diferentes oleadas inmigratorias.

Por último, los datos globales del período 1941-60 apuntan a la necesidad de reconsiderar los ciclos migratorios desde una perspectiva nueva: los datos indican que las oleadas inmigratorias de los años sesenta arrancarían en el período inmediatamente posterior a la guerra civil, y encontrarían su punto álgido en la primera mitad de la década de los sesenta. Cabe por lo tanto revisar la periodización hasta ahora establecida, rehabilitando un mayor protagonismo de la década de los cuarenta y cincuenta como una etapa de fuerte inmigración sobre la que se cimentaron las bases del modelo migratorio del período entre 1960 y 1975.

## Bibliografía

- ARACIL, R.; FERRER, L.; RECAÑO, J. y SEGURA, A. (1996): "La inmigración en la Cataluña rural (1860-1940): Estructura demográfica y componentes espaciales", en *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, eds. M. GONZÁLEZ PORTILLA y K. ZÁRRAGA, Universidad del País Vasco, pp. 281-314
- ARANGO, J. (1976): "Cambio económico y movimientos migratorios en la España Oriental del primer tercio del siglo XX: algunas hipótesis sobre determinantes y consecuencias", *Hacienda Pública Española*, 38, pp. 51-80
- BARCELO PONS, B. (1970): *Evolución reciente y estructura de la población en las Islas Baleares*, CSIC, Madrid
- CABRE, A. (1989): *La reproducció de les generacions catalanes, 1858-1960*, tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2 vols.
- CABRE, A.; BLANES, A.; SANCHO, S. y TORRENTS, A. (1992): "Catalunya i la Restauració: Dues imatges demogràfiques", *Papers de Demografia*, nº 65
- CABRE, A. y PUJADAS, I. (1989): "La població: immigració i explosió demogràfica", en NADAL, J.; MALUQUER, J.; SUDRIA, C. y CABANA, F. (dirs): *Història Econòmica de la Catalunya Contemporànea*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, vol. 5, pp. 11-128
- CAMPS, E. (1993): "Las migraciones locales en España, siglos XVI-XIX", *Boletín de la ADEH*, XI, pp. 21-40
- CAMPS, E. (1990a): *Migraciones internas y formación del mercado de trabajo en la Cataluña industrial en el siglo XIX*, tesis doctoral inédita, Instituto Universitario Europeo, Florencia
- CAMPS, E. (1990b): "Urbanización y migraciones internas durante la transición al sistema fabril: el caso catalán", *Boletín de la ADEH*, VIII, nº 2, pp. 73-95
- COURGEAU, D. (1988): *Méthodes de mesure de la mobilité spatiale*, INED, París.
- GARCIA BARBANCHO, A. (1967): *Las migraciones interiores españolas. Estudio cuantitativo desde 1900*, Madrid, Estudios del IDE
- LLONCH, M. (1993): *Treball femeni i migracions en el mercat laboral. Vilassar de Dalt, 1910-1945*, Tesis de licenciatura inédita Universitat Autònoma de Barcelona
- LLONCH, M. y SANCHO, S. (1992): "La movilidad en el marco de la transición demográfica: la Catalunya interior, 1755-1900", en *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*, ed. M. LIVI BACCI, Institut de Cultura Juan Gil-Albert, pp. 85-97
- MIKELARENA PEÑA, F. (1993): "Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias", *Separata de los Cuadernos Aragoneses de Economía* (2 época), vol. 3, nº 2
- MOLLA, D. (1979): *Estructura y dinámica de la población en el País Valenciano*, València, Fernando Torres ed.
- MUÑOZ, F. (1992): "Nivells i tendències de la mortalitat a les localitats del Penèdes (segles XVII-XIX)", *Estudis d'Història Agrària*, nº 9, pp. 179-192
- NADAL, J. (1984): *La población española (siglos XVI a XX)*, Esplugues de Llobregat, Ariel
- NICOLAU, R. (1989): *Trajectoires regionales dans la transition demographique*

- espagnole*, Tesis doctoral inédita, Institut d'Etudes Politiques de Paris, 2 vols.
- OLIVERAS, J. (1986): *La consolidació de la ciutat industrial. Manresa (1870-1900)*, Manresa, Caixa d'Estalvis de Manresa
- PEREZ MOREDA, V. (1985): "La evolución demográfica en el siglo XIX (1797-1900). Tendencias generales y contrastes regionales", en SIDES, *Popolazione nell'Ottocento, continuità e mutamenti*, Bologna, CLUEB, pp. 45-114
- PEREZ MOREDA, V. y REHER, D.S. (1988) (eds): *La demografía histórica en España*, Madrid, Ed. El Arquero
- PEREZ PUCHAL, P. (1976): *Geografia de la població valenciana*, València, L'Estel
- PUJADAS, I. (1982): *La població de Catalunya: Anàlisi espacial de les interrelacions entre els moviments migratoris i les estructures demogràfiques*, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona.
- RECAÑO, J. (1995a): "Les primeres fases de la transició demogràfica al Baix Llobregat i a l'Hospitalet (1787-1936)", en *El pas de la societat agrària a industrial al Baix Llobregat. Agricultura intensiva i industrialització*, edició a cargo de A. CALVO, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, pp.45-105
- RECAÑO, J. (1995b): *La emigración andaluza (1900-1992). Cronología, aspectos demográficos, distribución espacial y componentes socioeconómicos de la emigración andaluza en España*, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona, mayo de 1995
- RECAÑO, J. (1994): "Movimientos migratorios", en VINUESA, J.(ed): *Demografía, Análisis y Proyecciones*, Madrid, Síntesis, pp.125-184
- ROGERS, A. y WILLEKENS, F.J. Eds.(1986): *Migration and settlement. A multiregional comparative study*, Dordrecht: Reidel Publ. Co.
- SOBREQUES, J. (1995) (dir): *Història de Barcelona. La ciutat industrial*, vol VI.Barcelona, Enciclopèdia Catalana
- TATJER, M. (1995): "L'evolució de la població de Barcelona entre el 1860 i 1897", en *Història de Barcelona. La ciutat industrial*, vol VI.Barcelona, Enciclopèdia Catalana, pp. 119-150
- TERMES, J. (1989): "La immigració a Catalunya", en *La immigració a Catalunya i altres estudis d'història del nacionalisme*, La Magrana, pp. 129-193
- THUMERELLE, P.J. (1982): *Peuples en mouvement. La mobilité spatiale des populations*, Paris, SEDES
- VANDELLLOS, J. (1935): *La immigració a Catalunya*, Barcelona, ed. Altes
- VIDAL, T.(1992): "La transició demogràfica a Catalunya i les Balears", *Estudis d'Història Agrària*, nº 9, pp. 203-223
- VIDAL, T. (1985): "El papel de Barcelona en la transición demográfica catalana (1857-1920)", *Estudios Geográficos*, nº 178-179, pp. 189-210
- VIDAL, T. (1979): "Èxode rural i problemàtica demoespacial a Catalunya (1860-1970)", *Estudis d'Història Agrària*, nº 2, pp. 193-208
- VIDAL, T. (1970): "El reverso de la urbanización: La despoblación del campo en Cataluña", *Estudios Geográficos*, nº 118, pp. 159-165.
- ZELINSKY, W. (1971): "The hypothesis of the mobility transition", *The Geographical Review*, nº2.